

discursos.—*Su luminoso electicismo*, decís, *ha subyugado las inteligencias*; y nosotros vemos, que los judíos, los paganos y los filósofos de los primeros siglos no han cesado de combatirlo; que los filósofos del siglo diez y ocho encontraron absurda esa doctrina; que los de hoy no quieren admitirla sino en lo que halaga sus ideas, y que un gran número de hombres, aun no quieren abrir los ojos á la luz del Evangelio. Mucho habláis de la ley de amor, y olvidáis la ley de abnegación, de penitencia, de sacrificios, de placeres y de guerra contra las inclinaciones seductoras. Eleváis á lo muy alto el grito de la ley de libertad, y nada decís de la ley de obediencia y de resignación; omitís el decir que los apóstoles aconsejaban á los esclavos el obedecer, mejor que el afanarse por conseguir la libertad, y que tanto para los esclavos, como para los hombres libres, hacerse cristianos era lo mismo que cambiar una suerte feliz ó desgraciada por un destino lleno de alternativas terribles, espuesto sin cesar á los ultrajes, á las prisiones, á las torturas y á la muerte.

Pero se añade: *la idolatría caducaba; los espíritus estaban sedientos de fé; las almas rectas estaban rebeladas contra la corrupción de las costumbres paganas.*—¿Cómo se explica entonces el que los apóstoles hubieran sido recibidos con el desprecio y la persecución; y que durante tres siglos la masa del pueblo hubiera perseguido á los cristianos con el grito de muerte? ¿Cómo se explica el hecho de que los emperadores y el senado se hubieran opuesto tan largo tiempo con una cruel perseverancia á los progresos del Evangelio? ¿Cómo se explica, finalmente, el que los filósofos, esos amigos decididos de la verdad pura, hubiesen tomado á su cargo la defensa de los intereses de la idolatría?—*La idolatría vacilaba!* Pues ¿cómo las doctrinas de los judíos y las doctrinas de la filosofía que proclamaban la unidad de Dios, y que por esto la contradecían desde tan largo tiempo, no la habían echado abajo; y cómo, despues de siete siglos de haber venido Jesucristo, aun ostentaba á la luz del sol su mitología seducto-

ra; y cómo sus doctrinas y su espíritu no acaban de desaparecer?—*¡Todo estaba preparado para recibir la nueva semilla!*—Pero ¿qué es lo que la historia nos demuestra? Que en ningun siglo la corrupción habia llegado á ser ni mas general ni mas profunda. ¡Qué! ¿á medida que los pueblos son mas corrompidos están mejor dispuestos á escuchar las sanas doctrinas, y á pasar de los hábitos inveterados del vicio á las prácticas austeras de la virtud? Haced la prueba sobre los individuos, y despues de haber visto los resultados que obtengais sobre la mayoría, podréis juzgar del éxito de vuestra hermosa teoría, aplicada á la especie humana. Por lo demas los hechos os desmienten; y el mundo lejos de aceptar con gusto la santa doctrina de Jesucristo, se armó y se arma todavía para combatirla y rechazarla.

Jesucristo, pues, fué anunciado como Dios; habló como Dios; obró como Dios; profetizó sus resultados como Dios, y venció y triunfó como Dios.

Sigamos ahora su carro triunfal, al que innumerables pueblos acompañan con sus adoraciones, bendiciones y súplicas. ¿Quiénes son esos vencidos famosos, que vemos allí encadenados? ¿Quién es esa mujer sentada en el polvo, cubierta la cabeza con un manto de luto y los ojos bañados en lágrimas? Es la Judea cautiva; y ese coloso corrompido, cuya presa se disputan esas bandadas de aves carnívoras, es el cadáver del imperio romano. Esas dos grandes ruinas revelan al mundo atónito, cuál es el poder terrible del triunfador.

“¡Jerusalem, Jerusalem! esclamaba el Hijo del Hombre en su congoja profética: tú que has matado á los profetas, y has apedreado á los que se te enviaron, vas á quedar desierta y abandonada; será destruido tu templo y no quedará piedra sobre piedra! Serán pasados tus hijos á cuchillo, ó se les llevará cautivos por todo el mundo, y serás pisoteada por los gentiles, hasta que llegue el tiempo de ellos.”¹ Al subir Jesucristo al Calvario, arrojó su última mirada sobre la ciu-

¹ San Mateo, cap. 23 y 24. San Lucas, cap. 21.

dad maldita y lloró sobre ella; y aunque desde lo alto de la cruz perdonó generosamente á la Judea, la nacion deicida, pide á gritos que la sangre del justo que derrama, caiga sobre ella y sobre sus hijos.

Desde aquella época no cesaron de verse en el templo cosas estupendas. “¡Oh templo! exclamaba un célebre rabi- no, ¡oh templo! ¿quién es el que te conturba? ¿Por qué tienes terror de tí mismo?” “¡Salgamos de aquí; salgamos!” respondieron formidables voces.—“Ay de la ciudad! ¡ay del templo!” gritaba día y noche, recorriendo toda la ciudad, y á pesar de los castigos que se le imponian para que callara, Jesus, hijo de Anano: ¡Ay de la ciudad y del templo! ¡Voz del Oriente y del Occidente; voz de los cuatro vientos! ¡Ay del templo! ¡Ay de Jerusalem! ¡Ay de mí! agregó al fin Jesus, al mismo tiempo que un golpe de una máquina de guerra acabó con su existencia.

Poco tiempo despues, prosiguiendo Tito los trabajos del sitio, comenzados por Vespasiano, tomó por asalto la ciudad que era objeto de las venganzas de los cielos, diezmada ya por las guerras intestinas y por una hambre que obligaba á las madres á comerse á sus propios hijos. Contra las órdenes de Tito, y sin embargo de todas las precauciones que se tomaron, el gran templo fué incendiado por la tea de un soldado; y la ciudad entera pereció víctima del fuego, del hierro y del saqueo. En ese sitio perecieron un millon trescientos mil judíos; y los restos del pueblo culpable fueron dispersados, segun el oráculo de Jesucristo, por todo el universo.

Cuando Tito, en homenaje de su victoria fué á deponer á los piés de Júpiter capitolino el trofeo de las armas israelitas, más ufano de llevar consigo los despojos del templo, la tabla de oro, el candelero de los siete brazos y el libro de la ley, que la gloriosa espada de los Macabeos,¹ Satanás debió arrojar un grito de alegría, creyendo haber llegado al último término de sus orgullosas esperanzas. Pensaria que habia su-

¹ Josefo, *Guerra de la Judea*, cap. 5.

jetado á Jehovah, y que habiéndolo precipitado de su trono lo habia vencido y encadenado: pensaria que en lo de adelante, nadie osaria disputarle el imperio sobre la tierra, donde reinaria solo. ¡Cuánto se engañaba el espíritu de las tinieblas! No era Jehovah, ciertamente á quien Satanás podia contar entre sus despojos, quien solo tenia en su poder unos vanos simulacros, de los cuales se habia retirado el espíritu del Señor; simulacros, que habian atraído el castigo del cielo cuando el pueblo renegando de su título de elegido de Dios se convirtió en instrumento del infierno. Habia pasado un día, por disposicion justa de la Providencia, en que el pérfido Aman fué condenado á ser el heraldo del triunfo de Mardocheo, á quien pretendia humillar; y del mismo modo debia suceder que á su vez sufriese Satanás la misma humillacion sufriendo el dolor de haber prestado sus magníficas pompas al triunfo de Jesucristo.

Empero ya la voz vengadora del apóstol San Juan, acababa de enturbiar la alegría y confianza de Satanás. “Yo veo, dice, yo veo descender un ángel del cielo que tiene la llave del abismo encadenada á su brazo; y que sujetando al Dragon, á la antigua serpiente, le encadena por mil años.”¹ Al mismo tiempo oyó que otro ángel exclamaba con toda fuerza: “¡Ha caido, ha caido la soberbia Babilonia!” y que las voces de la muchedumbre respondian: “¡El poder y la gloria son de Dios, que condenó á la prostituta que corrompió la tierra! ¡Ha vengado la sangre que habian derramado sus ministros!” Y el ángel del sol convocaba á las aves de los cielos: “Venid, les decia, y reunios á la gran cena de Dios, para comer la carne de los reyes, la carne de los guerreros y poderosos, la carne de los caballos y caballeros, la carne de toda clase de gentes, libres ó esclavos, grandes ó pequeños.”²

Tan solemne llamamiento fué oído; y del Oriente, Septentrion y Mediodía, de todas las regiones, y del fondo de las

¹ Apocalipsis, cap. 20.

² Idem, capítulos 18 y 19.

tierras mas ignoradas, salieron los instrumentos de la ira de Dios y amenazaron á Roma para no hacer tardar la venganza que pedia la sangre de los mártires de Jesus. En el momento designado en la Presciencia del Señor, cuando los crímenes de la reina del mundo llegaron hasta el cielo, viéronse caer sobre ella, con el furor y la impetuosidad de aves carnívoras, las nubes formidables de los bárbaros. Godos, alesios, vándalos, suavos, gépidos, sarracenos, alemanes, francos, lombardos, sajones, y quién sabe cuántos mas, cediendo, como ellos mismos lo confesaban, á un impulso irresistible, concurrieron á la gran cena de Dios.—“¿A quiénes declarais la guerra?—A los que son objeto de la ira de Dios,” responde Genserico. “No puedo contenerme: parece que alguno me compele á devastar á Roma,” dice Alarico. Atolpho siente la pasion de borrar el nombre romano de la tierra; y Atila esclama: “¡La estrella cae, la tierra tiembla! Yo soy la espada de Dios y el martillo del universo.” Desde el uno al otro océano y desde las playas del mar Glacial hasta las del Mediterráneo, pasa y vuelve á pasar el torrente vengador arrasándolo todo y no dejando en pos de sí mas que ruinas y desiertos. Si se huye al Oriente allí se le encuentra, si se vuelve al Occidente allí aparece.

El eco de aquellos desgraciados siglos nos repite los gritos desgarradores y los lúgubres lamentos. “¿Por qué referiré la historia de este infortunado tiempo, dice Salviano, cuando todo el mundo la sabe? Sábelo la España, de la que no queda sino el nombre; sábelo el Africa vencedora, y la saben las Galias arruinadas! ¡El dolor me oprime ¡ay! ha sucumbido nuestra república; ved el último estertor de su agonía!” San Gerónimo observa por todas partes ciudades devastadas, hombres degollados y el sol cubierto de escabrosidades: cree el santo asistir á los funerales del mundo. San Agustín llora asimismo por la carnicería, el incendio, la rapiña y el esterminio de aquel tiempo.

Al incendio de las ciudades, á la matanza de los hombres

y á la devastacion de los campos se agregaban los tormentos del hambre y la desolacion de las epidemias. Diariamente perecian millares de víctimas.

Roma no se exceptua de ninguno de esos desastres. Presa del pillaje la primera vez en el asalto dado por Alarico, sus desgracias no desarmaron al feroz Genserico, que la destruye durante catorce dias.

En aquella época de destruccion y de tormento, los bárbaros no sintieron algun sentimiento de respeto en su corazon sino hácia los pontífices y ministros de los templos de Cristo, que vinieron á ser los solos asilos y lugares de proteccion de los pueblos vencidos. El furor de los soldados de Alarico no se aplaca sino al pisar los umbrales de las iglesias de San Pedro y San Pablo de Roma. El ascendiente del papa San Leon contuvo á Atila ante las puertas de la ciudad; y San Lupo, San Aignan y San Ferrol le alejaron de Troyes, de Orleans y de Arles: Santa Genoveva, por sus súplicas libró á Paris de los destrozos. Los obispos y los sacerdotes aparecian en medio de aquellas universales desgracias, como la misericordia divina. Todos rivalizaban en impartir consuelos, aliviar y fortificar á las turbas desoladas. San Gerónimo recibió en Belem á los fugitivos de Roma; y el obispo de Cartago rescató á los cautivos con el precio de los vasos sagrados, convirtiendo las iglesias en hospitales, donde curaba á los enfermos con sus propias manos. Al practicar las mismas obras de caridad San Exupero, obispo de Tolosa, se redujo á la última miseria; y San Paulino, obispo de Nola, habiendo enajenado todos sus bienes, sacrificó su propia libertad para rescatar del poder de los bárbaros al hijo de una pobre viuda. “Nuestros obispos, dice Sidonio, llevan hasta los últimos confines de las Galias las pesquisas de su caridad: acopian trigo en sus graneros, y cuando el fuego de la devastacion gótica ha talado todas las sementeras del pais, alimentan á la poblacion hambrienta: los necesitados no cuentan con mas auxilios que los que les proporcionan esos hombres.

Pero cuando se disipan las polvaredas que levantan los ejércitos, y el derrumbamiento de tantos monumentos; cuando igualmente desaparecen los torbellinos de humo que despiden las ciudades incendiadas; cuando cesan los gemidos de tantas víctimas, y cuando en suma, cesa el estrépito que causa la caída del coloso romano, entonces aparece una CRUZ y al pie de esa CRUZ, un mundo nuevo.¹

CAPITULO XXVII.

El reino de la Cruz.

Si Jesucristo, para ostentar su Omnipotencia, y no para autorizar su doctrina, hubiera obrado milagros, su venida no hubiera traído al mundo ningun fruto: y si se hubiera limitado á predicar la doctrina sin sancionarla por medio de los milagros, de la misma manera, su mision hubiera sido estéril: porque esa doctrina en la hipótesis de que no fuera mas que doctrina filosófica, se hubiera encontrado en el mismo grado que todas las de los filósofos, es decir, sujeta á la contradiccion y desprovista de un carácter legislativo, para hacerse la ley moral que debia obedecer todo el mundo. Para que Jesucristo nos prescribiera la obediencia, necesitaba, al imponernos sus preceptos, mostrarnos los títulos que le daban dominio sobre nuestras conciencias: necesitaba probarnos que su ley descendia del cielo, y que esa ley era la de Dios. Por esta razon desviándose de la manera que tenian los filósofos de enseñar, mandaba con autoridad y decia á los hombres: "Si no hiciera ante vosotros las obras de mi Padre, podriais no creerme; pero obrándolas, os digo, que cuando

¹ Estudios históricos, tom. II.

no querrais dar crédito á mis palabras, debeis darlo á mis obras."

De algun tiempo á esta parte, por medio de un pérfido artificio se ha pretendido desnaturalizar el verdadero carácter de la legislacion evangélica, reduciendo todo su valor á su hermosura y escelencia, pero no acordándole otro derecho que el de la veneracion y respeto del género humano. Sin disputa que es hermosa y escelente esa legislacion; pero no solo sobre esas cualidades funda sus pretensiones para gobernar á las almas; porque si así fuera, no se comprende cómo se podria obligar á seguir la religion á los que la tienen por imposible, absurda ó ridícula, cuyo número no ha faltado en ningun tiempo. Si los solos títulos del cristianismo son su escelencia y hermosura, ¿quién me estorbará el que despues de haberlo admirado, me convierta á otra religion, considerando aquella como una irrealizable utopia? O el Evangelio es de Dios, ó no lo es. Toda la cuestion está reducida á este sencillo dilema. Si es de Dios, toda voluntad debe rendirse á sus mandamientos: si no es de Dios, cualquiera tiene derecho de revelarse contra sus preceptos. En el primer caso, la tierra marcha por la senda de la esperanza, y está en posesion del apoyo que le falta; en el segundo, sumergida en el abismo, camina á la ventura en el océano de la duda, sin ninguna estrella que la guie entre los escollos y tempestades.

No era por cierto la venida de un sabio, la que el mundo esperaba en los siglos fatigosos, sino la venida de un enviado de lo alto, de un rey divino, que sabiendo de dónde viene y dónde va, pudiese comunicar la fé y arrastar en su seguimiento á los desgraciados mortales, extraviados en las tenebrosas regiones de la ciencia moral. Cuando Pilato preguntó á Jesus:—"¿Eres rey?" Jesus respondió sin vacilar: "Sí, lo soy; y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad." Mas no se crea que esa afirmacion contiene la prueba única del reinado de Jesucristo: el Redentor probó que realmente era rey absoluto de la verdad por derecho de con-